

## Vuelva usted más tarde

Autor: Virginia F. S.

Categoría: Reflexiones

Publicado el: 06/08/2014

---

En la lejanía se escuchaba un sonido metálico que no conseguía distinguir. La noche era clara y podía sentir cómo el hielo caía sobre el asfalto. La luna y su haz de plata bañaban las calles solitarias, era demasiado temprano aún para que amaneciera. Yo esperaba en un portal, escondida entre mis coberturas de lana para evitar que el gélido invierno tocara mi cuerpo. Aquel ruido, desconcertante, exasperante quizás, me había sacado de mi somnoliento trance y con curiosidad escudriñaba la oscuridad desde detrás de mi bufanda, expectante.

Era una figura menuda, andaba con torpeza, como si el frío hubiera paralizado sus miembros. A cada paso estaba más cerca y descubrí que aquella forma que las sombras desdibujaban con extrema sutileza pertenecía a la de una mujer. Con dificultad tiraba de un viejo y destartado carro de compra y con su chirriar disonante pasó al fin ante mí. Pero yo no me moví, con porte de pálida columna intenté camuflar mi existencia. Y pasó. Como si ninguna hubiese visto a la otra. Pude percibir su respiración entrecortada. Arrastró sus pequeños pies, pies apenas calzados, cubiertos por unos zapatillos de tela que no tapaban sus tobillos; un gorro peludo no dejaba que la luna viese su cara. Se paró unos pasos más adelante, ante una casa de piedra, antigua, vieja, con las juntas decoradas de musgo, con los dibujos del tiempo entre las grietas; cada arruga presente en las innumerables rocas que formaban el muro, incitaban a un profundo sentimiento de respeto. Jamás había reparado en aquellos detalles. Observó durante unos instantes el gran portón de madera, que había perdido el barniz, y finalmente se decidió a tocar la aldaba. Unos golpes secos sobrecogieron al silencio de la noche e inundaron con su eco cada desapercibido rincón de la calle. Nada. El mundo y sus habitantes se habían congelado. Excepto yo, y ella. La mujer miró en derredor y encontró mis ojos y yo ya no pude ocultarme. Fue como encontrar un manantial de vida en aquel desierto sombrío. El rojo de su tez se extendía por sus mejillas y se juntaba en su pequeña nariz, su piel era brillante pero el desconsuelo aullaba desde sus pupilas interrogantes. Por fin la había visto con claridad, bajo la luz tímida de una farola, y su lengua recelosa habló por fin.

- ¿Estás esperando tú también para la recogida de alimentos?

Sacudí la cabeza.

- Espero a que me recoja una compañera para ir a trabajar. -

No sé por qué aquella frase resonó tan estúpida y absurda en mi mente. Ella bajó la cabeza pero yo seguí mirándola llevada por la inercia. Volvió a irrumpir en el sueño de la casa de piedra con la aldaba. Entonces recordé que aquella construcción era un convento, Virgen de la Caridad. Las monjas solían enseñar a coser a las niñas, pero de eso hacía ya mucho tiempo, no sé cuánto. Quizás aquella puerta, robusta y brillante tiempo atrás, añoraba las dulces risas entre trenzas, faldas y zapatos de charol, quizás Resonó de nuevo el golpe en la madera. Y entonces se abrió una ventana en lo alto y ambas miramos esperanzadas hacia arriba en busca de unos ojos compasivos, pero no, no estaban. La ventana volvió a cerrarse. Ella bajó la cabeza, de nuevo. Y esperó, dejando caer su espalda contra la pared. Me había olvidado del frío, observaba la puerta como si con mis ojos pudiera tocar

Un claxon sacudió mi perplejidad, tengo que irme, le dije en silencio. Pero a ella le daba igual, miraba de vez en cuando la ventana. Antes de subirme al coche volví a encontrarme con sus ojos, que me aullaron, en busca de respuesta:

- Vuelva usted más tarde es demasiado temprano para la caridad.

---

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [Virginia F. S.](#)

Más relatos de la categoría: [Reflexiones](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)